Estando muerto, aún habla

Un sermón de James Wright (yerno de George Müller)

Predicado en la Capilla Bethesda, Great George Street, Bristol, en memoria del fallecido George Müller, por James Wright (su yerno).

Hebreos 11:4

La verdad general contenida en estas palabras es que la voz de un hombre, que significa la influencia de su vida para bien o para mal, para Dios o contra Dios, no cesa cuando el espíritu deja el cuerpo. La voz de Abel no cesó cuando el garrote de su hermano despidió su espíritu; esa voz ha estado sonando a lo largo de los siglos, y suena hoy; y si interpretamos esa voz a la luz de las Escrituras. es simplemente esto: "Sin derramamiento de sangre no se hace remisión". Esa fue una voz de Dios y de la verdad de Dios. Nunca ha cesado. Esa voz se encuentra hoy de una manera audible y comprensiva. Creo y confío que la mayoría de los que están en este lugar sienten simpatía por el testimonio de Abel, es decir, por la verdad de la que su vida y culto fueron testimonio, de que "sin derramamiento de sangre no se hace remisión". El sacrificio que trajo Abel significó una vida resignada en lugar de una vida perdida; en otras palabras, es una vívida imagen del sacrificio de nuestro adorable Señor Jesús en el Calvario. La voz de Caín, la influencia de su vida y de sus acciones no cesaron cuando murió; su voz ha llegado a través de los siglos y, ¡ay! Encuentra oyentes comprensivos, porque hay demasiados en estos días que se glorían en una manera sin sangre de acercarse a Dios, y eso porque no reconocen su pecado y, por lo tanto, niegan la necesidad de una ofrenda por el pecado.

Queridos amigos, ¿cuál es la tendencia de su vida? ¿cuál es la influencia actual de tu vida? Oh, permíteme presionar con afecto esa pregunta en cada corazón. ¿Es por Dios o contra Dios? ¿Es por la verdad de Dios o contra la verdad de Dios? Sea lo que sea, la influencia de tu vida, tu voz, continuará; no cesará. Si ahora esa influencia es contra Dios y contra Su verdad, y el arrepentimiento no se te concede para vida, tu influencia, tu voz, seguirá la línea de Caín. Si, por otro lado, hoy te regocijas en la manera revelada de Dios de acercarse a Él, gloriándote en un Cristo crucificado, estando delante de Dios en la justicia de otro, no en la tuya propia, y "esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna", entonces tu voz, cuando te hayas ido, continuará bendiciendo a Dios.

Quiero aplicar el principio general aquí a un caso particular esta noche. El inusual número de reunidos tienen un pensamiento presionando en sus corazones, que el mundo se ha vuelto más pobre esta semana debido a la partida de uno de los justos de Dios. Pero, "estando muerto, aún habla", la influencia de su vida no ha cesado, bendito sea Dios, y no cesará. David dijo de Abner después de su muerte: "¿No sabéis que un príncipe y un gran hombre ha caído hoy en Israel?". Amados amigos, George Müller era uno a quien Dios había embellecido con Su salvación, no uno hermoso en sí mismo. Cuenta la historia sin adornos de su infancia y juventud en su Narrativa, y de eso aprendemos que ni siquiera era hermoso moralmente. Pero Dios lo embelleció con Su salvación. "Él embellecerá con

salvación a los mansos" (Sal. 149:4). Llegó una hora en que ese hombre orgulloso y de corazón valiente se acobardó ante Dios, cuando vio por primera vez a un pequeño grupo de creyentes de rodillas, y salió de ese lugar más feliz que nunca. No había conocido la felicidad hasta ese momento. ¿Y cuándo fue eso? Cuando se inclinó ante Dios, cuando yacía en el polvo, cuando se volvió manso. La mansedumbre no significa suavidad. Moisés no era un hombre blando, pero era el hombre más manso de la tierra. ¿Por qué? Porque estaba sujeto a Aquel a quien es el mayor honor estar sujeto: el Creador, el único Ser al que es razonable estar absolutamente sujeto, el Dios de toda la tierra. Y a este hombre manso Dios lo embelleció con Su salvación, y con Su mansedumbre lo engrandeció. David dice: "Tu mansedumbre me ha engrandecido". El veredicto de George Müller fue el mismo; fue la mansedumbre del Dios bendito lo que lo hizo tan grande espiritualmente. Esa mansedumbre de Dios, gradualmente, se reflejó maravillosamente en su carácter.

Yo, que lo observaba día a día, me regocijaba al admirar el creciente reflejo de Él en toda su vida. Ese hombre de voluntad de hierro podría conmoverse con el toque de un niño. Él era como Dios. ¿Por qué? Porque tuvo mucha comunión con Dios. No se puede mirar el rostro de Dios sin reflexionar al menos un poquito en ese Bendito. Muchos aquí recordarán una expresión que le gustaba usar cuando se refería al carácter de Dios. "Amigos míos", decía, "Dios es un Ser de lo más encantador. ¿Has hallado que Dios es un Ser de lo más encantador?". Ese fue su pensamiento de Dios, eso fue lo que el Espíritu Santo le reveló, y eso lo hizo a nuestros ojos (no a los suyos) tan hermoso.

Ahora, digo que su voz no ha cesado; "estando muerto, aún habla", y quiero esta noche, solo por un momento, considerar los principales puntos sobresalientes de su testimonio de Dios, especialmente en su ministerio.

Una verdad de Dios que se hundió profundamente en sus convicciones espirituales fue la completa ruina del hombre de forma natural. Su propia historia temprana quizás profundizó esto, pero rara vez he escuchado a alguien que hable más despectivamente de la naturaleza del hombre; literalmente detestaba lo que era de la carne, "un pecador vil, culpable y digno del infierno". Al tratar con personas que preguntan, como he tenido el privilegio de escucharlo muchas veces, su primera pregunta sería: "¿Te has visto a ti mismo como un pecador pobre, culpable y merecedor del infierno?". No tenía ninguna esperanza de elevar un alma a la luz del sol de la gracia de Dios hasta que encontró a esa alma dispuesta a yacer en el polvo de la abnegación. Ahora bien, ¿era ese el prejuicio de mente estrecha de un buen hombre? No, era la mismísima verdad de Dios. ¿Qué dice la Palabra de Dios? "Nacido en pecado y formado en maldad" (Sal. 51:5). "Ese es el Antiguo Testamento", dices. Pero cuando llegamos al Nuevo Testamento, ¿qué encontramos? "Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte; así la muerte pasó a todos los hombre, por cuanto todos pecaron" (Ro. 5:12), es decir, pecaron en su cabeza federal.[1] Es un veredicto mundial: "La Escritura ha concluido que todos están bajo pecado" (Gál. 3:22).

[1] Se refiere aquí a la doctrina de que todos los hombres han pecado en Adán, por cuanto Él es la cabeza de todos los hombres que salieron de él. Así, el pecado de Adán es imputado a todos los hombres.

Entonces destacó siempre en su enseñanza el hecho de que este sesgo maligno de la naturaleza del hombre en la carne, se manifestó tan pronto como pudo en la práctica. Ese hombre pecador, por descendencia, se probó a sí mismo ser un pecador por acto. ¿Fue esa una visión pesimista? ¡No! Era simplemente mansedumbre, la sumisión de una mente humanamente grande a un Creador, a la mente de la Deidad. ¿Es eso irrazonable? ¿Qué dice Dios? "Todos nosotros como ovejas nos descarriamos, cada uno se apartó por su camino" - una variedad infinita de caminos, pero cada uno por un camino pecaminoso. De ahí la necesidad de un sacrificio vicario para satisfacer esa necesidad, porque sigue en estrecha sucesión; "Y el Señor cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros" (Isaías 53:6).

Amados amigos, esta doble confesión hace el completo balido de las ovejas de Cristo. Tienen un balido característico, y el primer rasgo es "todos nosotros como ovejas nos hemos descarriado". y el pecador creyente, enfocándose en la verdad de Dios en sí mismo, dice: "Me he descarriado". Luego, para hacer el balido completo, debe tener la segunda confesión: "El Señor cargó sobre Él el pecado de todos nosotros". Está el reconocimiento del sacrificio expiatorio aceptado por Dios, la sustancia de la sombra de Abel. Y a la vez hay paz con Dios, debido a la armonía con Dios, la comunión con Dios, el deleite en la misma Persona en quien Él se deleita, y nunca la mente infinita del Padre se deleitó más en el Hijo que cuando colgó como Fiador en la cruz, con la nube de tinieblas entre Su propia alma y el rostro del Padre, obligando a ese misterioso grito: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". No se puede dar una explicación posible de ese hecho, que que Él colgó allí, "hizo pecado por nosotros, al que no conoció pecado", para que nosotros, creyendo en Él, confiando en Él, pudiéramos ser "hechos justicia de Dios en Él".

En la ruina moral absoluta del hombre, como un hecho revelado, y en la redención del hombre arruinado (en el caso de todos los que aceptan el camino de salvación de Dios y creen en su Hijo amado) por la sangre expiatoria del Fiador, tenemos dos de los puntos sobresalientes de la verdad revelada que fueron prominentes en el ministerio, y el ministerio constante durante setenta años, de este honrado siervo de Cristo. Todos los que se han acostumbrado a escucharlo sabrán el protagonismo que le dio a estas verdades.

¿Por qué me detengo en esto? ¿Adquieren estas verdades un átomo más de autoridad porque uno las posee? Ni un poco. Pero este es el punto; mira las grandes verdades sobresalientes que sostuvo, y luego conéctalas con tu vida, porque existe la conexión más cercana entre la verdad doctrinal sostenida y el resultado de la vida. Es costumbre hablar de George Müller, el filántropo, pero es muy raro ver en las revistas y la literatura de la época algún rastro de la conexión entre su carácter único y sus obras y su fe infantil en las verdades de las Escrituras reveladas de Dios. Ese personaje fue moldeado, y esas obras siguieron, y fueron el resultado de su fe. Nunca hubiera sido lo que era, y nunca hubiera hecho lo que hizo, si no hubiera creído como lo hizo. Su fe era exactamente del mismo tipo que la del apóstol Pablo, quien "creyó en todas las cosas que están escritas en la ley y en los profetas". Pablo, el apóstol, nunca escogió y eligió en medio de las palabras inspiradas por Dios; creía en todas y cada una de las declaraciones de los escritos inspirados, al igual que George Müller.

Otro punto muy destacado en sus puntos de vista doctrinales y enseñanzas fue la gran verdad de la justificación solo por la fe. Esa verdad se enseña en muchos pasajes de las Escrituras, por ejemplo, como el resumen de un largo argumento dice el Apóstol: "Por tanto, concluimos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley" (Ro. 3:28), y George Müller "concluyó" y sostuvo firmemente que "por las obras de la ley ninguna carne será justificada" (Gálatas 2:16). Sostuvo firmemente que cualquier intento de edificar una justicia mediante la observancia de la ley terminaba en completa insatisfacción y ruina, de modo que "por las obras de la ley nadie será justificado ante sus ojos; porque por la ley es el conocimiento del pecado" (Ro. 3:20); y el gran objetivo del Dador de la Ley Divina era hacer patente ese hecho y mostrar la necesidad de Su propia provisión para la redención: la justificación solo por la fe, es decir, contar al pecador como justo cuando confía en otro. Cuando el pecador creyente se acuesta bajo el veredicto de Dios como perdido, arruinado y deshecho, y confía en la obra perfecta del Señor Jesucristo para salvación, entonces suya es la bienaventuranza descrita en el Salmo 32: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos; bienaventurado el hombre a quien el Señor no le imputará pecado"; o en Romanos 4:8 donde el Apóstol dice que, con estas palabras, "David describe la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras". Pero, ¿hay algo en el Salmo 32 sobre la imputación de justicia? Ni una palabra. Entonces, como puede ver, el argumento del Apóstol es en este sentido, que donde el Señor no imputa iniquidad, sí imputa justicia. Toda la corriente del argumento trata de la no imputación de iniquidad, mostrando claramente que donde el pecado no es imputado por la fe en la Fianza expiatoria, se imputa la justicia de esa Fianza, y así el pecador creyente puede llorar con gozo y júbilo:

"Jesús, tu sangre y tu justicia
son mi belleza, mi glorioso vestido"

Otra gran verdad sobresaliente, y estrechamente relacionada con la otra, en la que George Müller creía firmemente como se enseña en las Escrituras, y en la que se deleitaba, era la gran verdad de la santificación. La santificación obrada para el creyente por la sangre de Cristo, y la santificación obrada en el creyente por el Espíritu Santo.

Ahora, para mostrar de nuevo que esto no era un sueño vano o una opinión propia, solo me refiero a dos pasajes. Se podrían citar muchos, pero para ahorrar tiempo solo me refiero a dos (Hebreos 13:12): "Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo con su propia sangre", es decir, para separar al pueblo de Dios, "padeció fuera de la puerta". Todo pecador culpable que reconoce la infinita preciosidad de ese sacrificio expiatorio que asegura el perdón de los pecados, está llamado a reconocer otra bendición, la separación del perdonado para Dios por la sangre de la Fianza expiatoria. No solo el pecado es borrado, no solo la justicia del Fiador le es imputada, sino que el salvado y el justo son apartados por esa sangre para Dios. Allí había un tipo de eso en la consagración de los sacerdotes en la administración levítica, siendo parte de la función la colocación de la sangre en la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y en el dedo gordo del pie derecho del candidato a ese sacerdocio, que por esa sangre era santificado, apartado. Así que Jesús, a través de su obra perfecta, santifica completamente, perfectamente, en el sentido de apartar para Dios, en el momento en que descansamos en Cristo.

Luego viene el otro aspecto de la santificación, es decir, la aproximación real al modelo de vida de Cristo, y esto es el resultado de la obra del Espíritu Santo. El pecador no se salva por esta obra del Espíritu Santo en él, porque el Espíritu Santo, se nos dice claramente en Gálatas 4:6, es enviado a nuestros corazones "porque sois hijos". Ningún hombre tiene el Espíritu en él hasta que es hijo de Dios. Pero, ¿cómo nos convertimos en hijos de Dios? (Juan 1:12). "A todos los que le recibieron (a Jesús) les dio el poder (o el derecho o privilegio) de llegar a ser hijos de Dios". ¿Quiénes se convierten en hijos de Dios? Los que lo han recibido. ¿Qué es "recibir" a Cristo? "Los que creen en su Nombre", los que se apoyan en su muerte para la salvación, nacen de nuevo. Nacen ellos, pues sigue diciendo, "los cuales nacieron", no de la descendencia natural, "no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios". ¿Cuándo? Cuando reciben a Cristo. Así que no somos regenerados por ninguna ceremonia externa o sacramento u operación sobre la carne. La circuncisión con los judíos introducía al sujeto en una condición nacional de bendición en la tierra; pero la regeneración, que lo introduce en la familia celestial, no es por nada hecho en la carne, ni nada puesto en la boca, sino ese gran hecho, ese acto central de gracia que tiene lugar cuando el pobre y culpable pecador reconoce su pecado y abraza a Cristo para su salvación. Cuando recibe a Cristo por la fe, nace de nuevo. Entonces es hijo, claro que lo es; el que nace de alguien es su hijo. Los hijos de Dios son realmente hijos de Dios; no es un mero nombre o título dado por cortesía, es una realidad. Somos hijos de Dios por nacimiento tanto como lo somos de un padre terrenal por nacimiento. Ahora bien, porque somos hijos, hijos de nacimiento, Dios envía su Espíritu a nuestros corazones, para que todo el proceso de santificación tenga lugar después de esto; ni un ápice puede comenzar hasta que el Espíritu sea enviado a nuestros corazones, y Él no es enviado a nuestros corazones hasta que creamos.

Así que hay una santificación para los creyentes por la sangre de Cristo, y una santificación realizada en los creyentes por el Espíritu Santo. Fue este doble aspecto de la santificación el que George Müller sostuvo y enseñó consistentemente durante todo su ministerio. Esto explica el pasaje de Filipenses 2, que a menudo se confunde: "Trabajen en su propia salvación con temor y temblor". No se trabaja para la salvación, sino que se trabaja en, ya que el Espíritu Santo produce una vida que corresponde a la fe que se une a Cristo.

Otra verdad que llegó a ser, poco después de su conversión, muy querida por el corazón de George Müller fue la de la segunda aparición personal del "gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo". Él ha contado a menudo cómo la aceptación de esa verdad como una verdad revelada de la Palabra de Dios dio un impulso notable a su celo y esfuerzo en el trabajo misionero. Creía que el Señor Jesús volvería personalmente en las nubes del cielo así como fue al cielo, y que ese acontecimiento cerraría la presente dispensación; "que este mismo Jesús, que ha sido arrebatado de vosotros al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir al cielo" (Hechos 1:11). El señor Müller recibió esto con la sencillez de un niño, y su alma se despertó a la alegría del pensamiento de que la esperanza de la Iglesia es la venida personal de nuestro Señor y Salvador. La muerte no es la esperanza del creyente. La muerte es, como dice el apóstol, "mucho mejor", mejor que la vida aquí, porque introduce el espíritu redimido en el presente inmediato de Dios; mejor, por mucho, porque implica la liberación completa de la tentación del pecado, e introduce el alma en una innumerable comunión de espíritus redimidos, y porque es una etapa más en el

desarrollo de los propósitos de Dios. Es mucho mejor. Pero no es lo mejor, no; lo mejor es la venida de nuevo del Señor Jesús, y cuando venga, con un grito de poder similar (solo que en una escala más poderosa) al de Lázaro, llamará de la tumba a todos los creyentes, y al instante recibirán cuerpos glorificados, y los que estén vivos en la tierra en ese momento serán "arrebatados", cambiados y revestidos con cuerpos gloriosos, ambos reunidos en el aire.

El querido señor Müller no creía en lo que se llama "el Rapto Secreto", pero nunca lo convirtió en un asunto de controversia inútil. Él creía que las Escrituras declaran que ciertos eventos tendrán lugar primero, y que estos eventos deben ser observados por el creyente. Estos acontecimientos están en relación con el advenimiento del Señor como el semáforo está en relación con el tren que llega. Uno baja a la estación para encontrarse con un amigo querido, que sabe que viene en un tren determinado, y mientras espera observa las señales. Mientras el semáforo esté en ángulo recto, sabrás que el tren no ha pasado por la última estación, pero en ese momento el brazo del semáforo se inclina y entra rápidamente en la estación. ¿Qué esperabas? ¿La caída del semáforo? No, a tu amigo; pero te encanta ver las señales, porque indican que tu amigo está muy cerca.

El gran hecho sobresaliente al que dio importancia en su ministerio fue que Aquel a quien no hemos visto y sin embargo amamos, y en quien creemos y nos regocijamos con una alegría indecible, vendrá de nuevo personalmente y separará las nubes y llenará nuestros corazones de alegría. No tenía tiempo para participar en la controversia sobre las circunstancias particulares o los detalles que las acompañan; era el gran hecho sobresaliente de Su regreso lo que absorbía sus pensamientos. Y permitidme insistir en este pensamiento, que la búsqueda de acontecimientos intermedios no disminuye en lo más mínimo el poder de la esperanza. Pedro dice: "Nosotros... esperamos cielos nuevos y tierra nueva". Él sabía que el milenio debía seguir su curso de mil años de bendición, y luego el conflicto final entre Satanás y Dios debía tener lugar. El poder moral de la esperanza de la salvación de la humanidad se basa en el hecho de que el mundo es un mundo nuevo. La fuerza moral de la esperanza del advenimiento de los cielos nuevos y de la tierra nueva no fue disminuida por la intervención de esos acontecimientos. ¿Quién dirá que la expectativa de unos pequeños acontecimientos en la tierra, el levantamiento del anticristo y una feroz tribulación, disminuye la fuerza moral de la esperanza de la venida de Cristo? En absoluto; señalan la proximidad de la misma, y esperamos de puntillas mientras vemos que estas señales se desarrollan gradualmente.

He hablado de la obra del Señor Jesús ayer en la Cruz, y he hablado de la bendita esperanza de su regreso mañana por la mañana. Pero, queridos amigos, el señor Müller nunca perdió de vista a Él como Sumo Sacerdote siempre vivo ante el Padre.

Eso fue la bisagra de su vida. Las Casas de Huérfanos crecieron a partir de eso. ¿Dónde está Jesús ahora? "Cristo no ha entrado en el lugar santo hecho de mano, que es figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora en la presencia de Dios por nosotros"; es decir, como el Gran Sumo Sacerdote y abogado; y recordad la promesa relacionada con esta verdad: "Obras mayores que éstas haréis"; vosotros, pobres y débiles en vosotros mismos, haréis obras mayores que las que Él hizo antes de la Cruz. ¿Por qué? "Porque voy a mi Padre, y todo lo que pidáis en mi nombre lo haré, para que el

Padre sea glorificado en el Hijo" (Juan 14:12-13). En otras palabras, la posición actual del Señor Jesús como Sumo Sacerdote de su pueblo da un poder tan poderoso a toda oración. Cada creyente se presenta ante Dios con todo el valor de la obra del bendito Cristo, y por lo tanto cuando ese querido hijo de Dios, ese creyente en Su amado Hijo, viene al trono de la gracia, y con su ojo en el Sumo Sacerdote, presenta peticiones de acuerdo con la mente de Dios revelada en la Palabra, entonces en las conmovedoras palabras del Apóstol Juan: "Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos algo según su voluntad, Él nos oye" (1 Juan 5:14).

El señor Müller recibió esa verdad como un niño pequeño, pero la sostuvo con el agarre de un gigante. Fue eso lo que le convirtió en un hombre de oración. Creía que, por los méritos del Sumo Sacerdote, Dios Padre estaba dispuesto a dar respuesta a las oraciones de los más débiles de sus hijos. Oh, cómo se deleitaba diciendo: "No solo al pobre George Müller, sino al más débil de Sus hijos que mira a ese Sumo Sacerdote, Él se complace en bendecir a Sus hijos por Su causa". Así, cada vez que se acercaba a Dios, lo hacía con una profunda conciencia de su indignidad, y a menudo, cuando estábamos de rodillas juntos, para escuchar sus confesiones de su total indignidad, hubieras creído que se trataba de algún vil pecador endurecido, tanto que renunciaba a todo mérito en sí mismo, pero que se aferraba con tanto placer al derecho que tenía sobre Dios por estar ligado a Su Hijo. Solía decir: "Yo soy el favorito de mi Dios y Padre". Pues bien, el querido de su padre no debe tener miedo de pedir nada, y el querido de Dios no debe tener miedo de pedirle algo. Pero, ¿por qué era el predilecto del Padre? Porque estaba en Cristo, y la belleza de Cristo estaba en él. Así que siguió pidiendo, y si la respuesta no llegaba, no lo tomaba como una negativa, sino que pedía más. Y si aún se demoraba, ¿cuál era su petición? "Señor, no permitas que decaiga nuestra fe; si retienes la respuesta para probar nuestra poca fe, no dejes que decaiga". Así hablaba aquel niño feliz a su Padre en mi presencia. Y vuelvo a decir que su fuerte aprehensión del Señor Jesús como el Gran Sumo Sacerdote en el presente de Dios era la bisagra misma de su feliz vida cristiana.

Pero ahora llego a lo que fue la base de todo esto. ¿Cómo sabía que era un pecador? ¿Cómo sabía él que había venido a este mundo como pecador? ¿Cómo sabía que era un pecador bajo condenación y que merecía el justo juicio de Dios y el destierro eterno de su presencia? ¿Cómo supo que al creer en Cristo recibió la remisión de sus pecados? ¿Cómo sabía él que por creer en Cristo fue revestido de la perfecta justicia del Hijo de Dios sobre él? ¿Cómo sabía que a través de la preciosa sangre de la Cruz se produjo la santificación? ¿Cómo sabía que cuando creía se convertía en hijo, y que Dios enviaba su Espíritu a su corazón? ¿Cómo sabía que el Señor Jesús era el Gran Sumo Sacerdote que intercedía en la presencia del Padre? ¿Cómo sabía que Él estaba viniendo en las nubes del cielo?

Sabía todas estas cosas porque "Dios, que en diversas ocasiones y de diversas maneras habló en el pasado a los padres por medio de los profetas, en estos últimos días nos ha hablando en su Hijo" (Hebreos 1:1-2). Las Escrituras son todas "inspiradas por Dios", y son la revelación escrita de su mente y voluntad, la comunicación que Él ha querido hacer a la pobre raza humana caída. La transición de la enseñanza oral a la revelación escrita, lejos de hacer tropezar a George Müller, lo llenó de placer. Él vio en la 1ª epístola de Juan las palabras "Yo escribo", "Yo escribo", "Yo he escrito", y comprendió que eran palabras del último apóstol, y que el testimonio oral cesaría con él, y que Juan estaba

atrayendo la atención de los cristianos hacia la Palabra escrita. Se deleitó cuando abrió el libro del Apocalipsis y leyó: "El que tenga oído, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias". ¿Cómo lo dijo el Espíritu? Juan estaba en Patmos. ¿Qué hizo? Escribió en pergaminos, y envió estos siete pergaminos, unos a cada una de las siete iglesias, y cuando estos pergaminos fueron leídos en la congregación allí reunida, cada oído escuchó al Espíritu hablar. Las epístolas de Juan marcan, para toda mente espiritual, la transición de la enseñanza oral a la revelación escrita, y sellan la revelación escrita, cada una de sus palabras, con la misma autoridad divina que revistió las palabras habladas del Hijo de Dios y las palabras habladas de Sus apóstoles. No hay ni una tilde de diferencia entre la autoridad de las palabras que salieron de los labios del Hijo de Dios y las palabras inspiradas que salieron de los labios de sus apóstoles. Ellos hablaron por el mismo Espíritu. El Señor Jesús no habló nada por su cuenta. "Por lo tanto, todo lo que hablo, como el Padre me dijo, así lo hablo". Habló por el Espíritu que habitaba sin medida en Él. Lo mismo hicieron los apóstoles; hablaron como siervos inspirados - todo lo que escribieron fue inspirado. Pero esa inspiración no se ha transmitido; ahora no existe tal inspiración. La gente habla de forma poco precisa de "lenguaje inspirado". No existe tal cosa. Yo puedo hablar por la dirección y la ayuda del Espíritu Santo para refrescar las almas de mis compañeros creyentes. Si Dios quiere utilizar un instrumento tan indigno, puedo hablar para contribuir a la conversión de las almas, pero eso no me hace inspirado, no me hace el medio de comunicar una nueva verdad a la Iglesia. El canon de la inspiración es completo.

Ahora, la inspiración plenaria y verbal de las Escrituras era la base de la fe de George Müller. Él tomó cada palabra entre las cubiertas de este libro y lo creyó. Él "razonó a partir de las Escrituras", no sobre ellas. ¿Dónde encontraste tú a Pablo razonando sobre las Escrituras, discutiendo si este o ese versículo fue inspirado? No, él tomó cada parte de las Escrituras como inspiradas por Dios. "Toda la Escritura", dijo, "es dada por inspiración", o "inspirada por Dios". Siendo esa la base, se ve que el señor Müller tenía una roca para su fe. "La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios" (Romanos 10:17), y por lo tanto su fe no fluctuó - tenía una fe inquebrantable en la Palabra de Dios escrita. Y por lo tanto, queridos amigos, no había en él una variación de experiencia como la que se encuentra tan a menudo en los creyentes. Vaya, algunos creyentes tienen la costumbre de considerar que una fe con altibajos y mezclada con experiencias oscuras es algo extremadamente superior espiritualmente. Él no pensaba así; nunca vaciló de una simple aceptación del perdón - sabía que era un pecador perdonado en su camino hacia Dios - y estaba tan seguro de que debía estar en el presente de Dios como de que estaba sentado en su silla. Consideraba la más mínima vacilación en esa certeza como un pecado contra Dios. Ningún pecado es tan grave como la incredulidad, y si Dios dice que soy un pecador perdonado, es una incredulidad negra, y un terrible pecado, tener una duda al respecto, es decir, albergar cualquier duda. Pueden ser inyectadas en la mente, pero Dios nos ha dado el escudo de la fe. ¿Para qué? Para sostener y repeler los dardos de fuego del maligno cuando vengan. Tal fe no es nada prodigioso. No es ningún logro maravilloso - es la simplicidad de un niño, creyendo que Dios quiere decir lo que dice en Su Palabra, y simplemente tomándole la palabra. Como dice el querido Sr. Chapman, "tales creyentes en Dios deberían ser tan abundantes como las moras".

Debería haber dicho que el Sr. Müller era un gran amante de las Escrituras. A menudo decía: "Soy un amante de la Palabra de Dios", y la había leído de principio a fin

varios cientos de veces. Todo su tiempo libre la leía, siete u ocho capítulos al día eran su porción habitual. Siempre estaba leyendo la Palabra de Dios, y cuanto más la leía, más la amaba. Cuando llegaba al final de Malaquías, volvía a Génesis, y cuando llegaba al final del Apocalipsis, volvía a Mateo. Esa era su manera de leerla, pues consideraba el Antiguo y el Nuevo Testamento como dos cartas de su Padre Celestial, y fue esta lectura continua y constante de la Palabra la que sentó los fundamentos de su fe.

Por eso, queridos amigos, dejad que el ejemplo de este querido difunto sea solo un estímulo para que le sigamos en su sencilla fe, como la de un niño. "Estando muerto, aún habla". Me siento inconmensurablemente más pobre desde el jueves por la mañana, pero es una inmensa alegría pensar que los acentos de esa voz volverán una y otra vez, y las muchas verdades que me ha enseñado, no simplemente por su enseñanza real, sino por sus simples acciones incidentales. A menudo entraba en mi habitación cuando una carta traía noticias alegres, no cuando era triste, sino cuando llegaba algo que nos alegraba a los dos, él entraba. Y entonces, con la misma sencillez que si se dirigiera a una tercera persona invisible en la habitación, decía: "¡Oh, Padre, te damos las gracias por esto!". La presencia de Dios era mucho más real para él que mi presencia, y por lo tanto era muy natural que se dirigiera de mí a Él. Esa era su fe infantil, y eso es lo que queremos.

Que ahora, Dios quiera que su ejemplo nos lleve a orar fervientemente para que esta gracia de la fe simple y de niño sea nuestra.

---

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org